

Imaginamos que el reducido número de nuestros pequeños que mantenga actualmente contacto con la cada vez más escasa seminaturalidad isleña se verá igualmente atraído por los "caballitos del diablo" que cuando nosotros éramos pequeños y les observábamos deslizarse velozmente sobre los charcos y estanques, su cuerpo escarlata transportado por alas transparentes con destellos de arco iris. Inconscientes, les lanzábamos piedras asesinas, sin que, por fortuna, lográramos alcanzarles. Pero también intuíamos todo lo que de poesía llevan estos gráciles insectos, que no han sido olvidados por los poetas, ni por los coreógrafos de un arte que quiere asemejarse a sus movimientos, el ballet.

En verano, las libélulas vuelan a ras del agua, a pleno sol. Sus hermosas alas filtran la luz. Y de lejos parecen pequeñas joyas fugitivas, inalcanzables. Rulín Darío, con música decadente, habla de una princesa, pálida y triste, que persigue "por el cielo de oriente



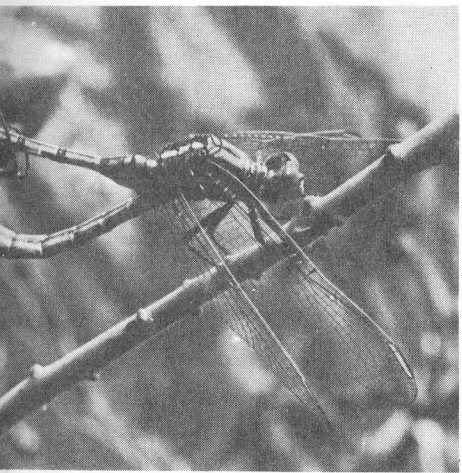
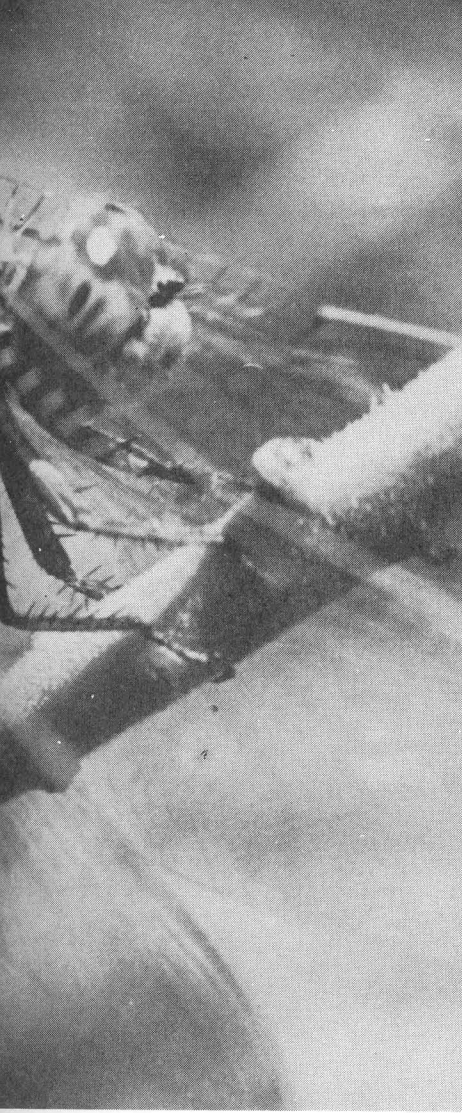
la libélula vaga de una vaga ilusión". Sin duda, Darío vería a las libélulas volar en verano. Ahora, en estos días de invierno, cumplen las libélulas con un rito familiar, el del amor y la reproducción. La plástica belleza de una pareja de libélulas, de las muchas que aún quedan en nuestros campos, ha sido captada, entre las hojas de un arbusto, por Luis Sosa Ramos. No es frecuente encontrarnos aquí con tan hermosas imágenes gráficas, conseguidas con paciencia y buen oficio. Su autor, interesado

en la macrofotografía, ha podido captar a muy corta distancia unas escenas de la vida de estos insectos, con tanta dignidad como las que acostumbramos a contemplar en revistas de renombre.

Fue la bella Ludmilla Tcherina quien, en la versión cinematográfica de "Los Cuentos de Hoffmann", dio vida a una larva de libélula naciendo sobre los nenúfares esmeralda que flotaban en las más verdes aguas. Era como un canto a ese rito captado en estas fotos, tras el cual la libélula seguirá



EL AMOR DE LAS LIBELULAS



con su vuelo que, por citar otro símil, nos hace recordar al de la diabólica policía aérea de "Fahrenheit 451", más acorde en este caso con esa denominación muy expresiva de "caballitos del diablo". Pero, mucho más allá de estos paralelismos, las libélulas proseguirán su vuelo que, como la misma naturaleza, queda por encima o por debajo, pero nunca en coincidencia, con la marcha diabólica que el "homo sapiens" trata de imponer a la creación.

